

EL VIAJE DE DON QUIJOTE

Julio Llamazares

EL VIAJE DE DON QUIJOTE

Prólogo de Jean Canavaggio

Ilustraciones de Jesús Cisneros



ALFAGUARA


El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



© 2016, Julio Llamazares

© 2016, Jean Canavaggio, por el prólogo

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Jesús Cisneros, por las ilustraciones de interior y cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-2094-3

Depósito legal: B-3587-2016

Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

AL 2 0 9 4 3

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Prólogo, por Jean Canavaggio	9
------------------------------	---

I. LA MANCHA DE AZORÍN

La partida	17
Las ventas de Puerto Lápice	23
Meditación de la llanura	29
Los académicos de Argamasilla	35
Las lagunas de Ruidera	41
El castillo de Rochafrida o Rosaflorida y la famosa cueva de Montesinos	47
El vino de Tomelloso	53
Japoneses en Criptana	59
Dulcinea y las monjas de Madagascar	65
La gloria de Cervantes	71

II. LA DERROTA DE SIERRA MORENA

A orillas del Guadiana	79
El camino real de la Plata o de Sevilla	85
De Calatrava la Vieja a Ciudad Real la Nueva	91
El Campo de Calatrava	97
Los pastores de Alcudia	103
La venta de la Inés	109
Bandidos, mineros y cazadores	115
Peña Escrita, el corazón de Sierra Morena	121
La comedia del mundo	127
Borondo, la venta que desaparece	133

III. POR EL EBRO Y HASTA EL MAR DE BARCELONA

El salto de Clavileño y la aventura del barco encantado	143
El castillo de Pedrola	149
La ínsula Barataria	155
<i>Et in Arcadia ego</i>	161
El <i>Quijote</i> de Avellaneda	167
Los Monegros	173
Por tierras de Cataluña	179
El reino de Roque Guinart	185
La mar salada	191
Final en la playa de Barcelona	197

Prólogo

Hace más de un siglo, en marzo de 1905, José Martínez Ruiz, ya conocido como Azorín, se va a la Mancha con el fin de visitar algunos de los lugares elegidos por Cervantes para situar las aventuras de don Quijote y Sancho. Con este viaje, realizado a iniciativa del padre de Ortega y Gasset, José Ortega y Gasset, director de *El Imparcial*, quería conmemorar a su modo un tricentenario, el de la publicación de la primera parte de la obra inmortal. Las quince crónicas que escribió se convirtieron poco después en *La ruta de don Quijote*, un libro que ha contribuido a acreditar la fama de su autor. El año pasado, el cuatricentenario de la segunda parte de la novela dio pie a otro viaje conmemorativo, el que Julio Llamazares emprendió a petición del director adjunto de *El País*, el escritor Juan Cruz. Las treinta crónicas publicadas por él en el verano de 2015 se reúnen ahora para formar *El viaje de don Quijote*, libro ilustrado por Jesús Cisneros y que tengo ahora el honor de presentar.

Aunque Llamazares se refiere paladinamente al ejemplo de Azorín, no se ha contentado, ni mucho menos, con recorrer paso a paso la misma senda que transitó el escritor alicantino. En primer lugar, por su modo de viajar. Azorín se fue en tren desde Madrid hasta Argamasilla de Alba, prosiguiendo su recorrido en un carro acompañado por un lugareño. Llamazares ha hecho el viaje en coche en compañía de su amigo el fotógrafo Navia. Además, a diferencia de su predecesor, que, por razones obvias, se limitó a detenerse en algunos lugares emblemáticos —la venta de Puerto Lápice, los molinos de Campo de Criptana, las lagunas de Ruidera, El Toboso, la cueva de Montesinos—, sus andanzas, iniciadas en el madrileño convento de las Trinitarias, abarcan un espacio mucho más extenso, puesto que nos llevan desde el Campo de Montiel, escenario de la primera salida del caballero, hasta la playa de Barcelona donde es derrotado por el de la Blanca Luna. De este modo nos restituye, una tras otra, en una sarta de sabrosas anécdotas, las aventuras más relevantes del ingenioso hidalgo, contempladas y comentadas por un apasionado de Cervantes que es, a la vez, un agudo observador de la España del siglo XXI.

Más aún: en *La ruta de don Quijote*, Azorín nos hacía penetrar en unos pueblos que habían permanecido idénticos a tres siglos de distancia, compartiendo la vida de sus vecinos, caviladores ajenos a las preocupaciones prosaicas de su siglo y reclusos en una melancolía que fue en otros tiempos la de Alonso Quijano el Bueno. Julio Llamazares, al contrario, se reve-

la en cada una de sus etapas atento a las contradicciones del mundo que recorre: un mundo en el que perduran las huellas del pasado pero que, al mismo tiempo, se nos aparece marcado por un presente que lo invade por todas partes. Entre los que le salen al encuentro, algunos conservan el recuerdo de don Quijote y Sancho, considerándolos a veces como unos seres de carne y hueso, mientras que otros confiesan ignorar sus hazañas, llegando, como en tierras catalanas, a manifestar una indiferencia que casi raya en desprecio. Frente a las reivindicaciones de los académicos de Argamasilla, empeñados en considerar su pueblo como la cuna de don Quijote, Azorín no dejó de mostrar un discreto escepticismo. Julio Llamazares, si bien no comparte la ironía de su predecesor, se declara un tanto reservado ante las controversias mantenidas por los cervantistas acerca del misterioso lugar donde nació y vivió el ingenioso hidalgo antes de salir en busca de aventuras. En una acertada variación de tonos y registros en la que alternan simpatía, emoción, lucidez y humorismo, sus crónicas nos descubren una «geopoética» del *Quijote* que suscita y renueva constantemente el interés y el placer del lector.

JEAN CANAVAGGIO

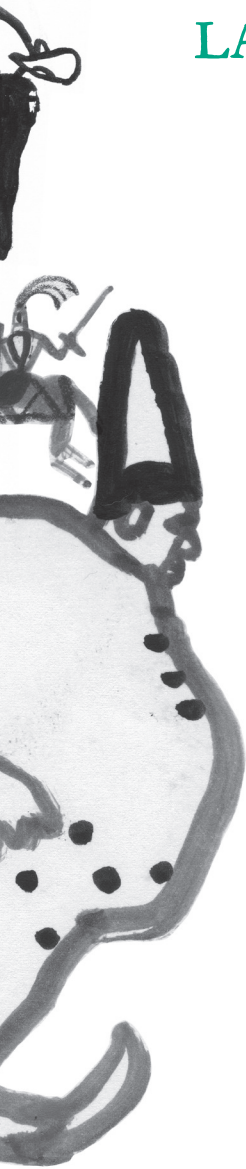
A Juan Cruz, que me encomendó este viaje.

*Y a José Manuel Navia, que lo acompañó
con sus fotografías.*



I

LA MANCHA DE AZORÍN



PRIMER VIAJE

DE MADRID A
ALCÁZAR DE SAN JUAN



MADRID

MADRID

TOLEDO

Iglesia del Toboso

EL TOBOSO

ALCÁZAR DE SAN JUAN

CAMPO DE CRIPTANA

CUENCA

PUERTO LÁPICE

VILLARTA DE SAN JUAN

CINCO CASAS

TOMELLOSO

Bombos

Iglesia de San Juan

El carro de Miguel

ARGAMASILLA DE ALBA

ALBACETE

Azorin

RUIDERA

OSSA DE MONTIEL

La cueva de Montesinos

CIUDAD REAL

Castillo de Peñaroya

LA PARTIDA

La del alba sería cuando el viajero salió de su casa...

Si no fuera una obviedad, este relato comenzaría así, remedando una de las frases más célebres del libro que le hará de guía, que no es otro que la más grande novela que, junto con la *Iliada* y la *Odisea* y alguna otra que el lector quiera añadir de su parte, se ha escrito en la historia del mundo: la de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de don Miguel de Cervantes Saavedra. Como a Azorín le ocurriera hace más de un siglo, al que escribe le llamaron del periódico (a él de *El País*, a Azorín de *El Imparcial*) y le propusieron hacer el viaje de don Quijote para celebrar los cuatrocientos años de la publicación de la segunda parte de sus aventuras (a Azorín el encargo se lo hicieron para conmemorar los trescientos de la primera parte, que se cumplieron en 1905), así que lo comienza, como debe ser, encomendándose a los dos autores: a Cervantes por razones evidentes y a Azo-

rín porque su recorrido será el que haga en primer lugar, antes de dilatarlo por su cuenta al resto de los territorios que don Quijote también recorrió y que el escritor del 98 declinó imitar ante la precariedad de los medios de locomoción entonces: aparte del tren que le trasladó a la Mancha, el resto de su viaje lo hizo en un carro acompañado por un lugareño. El título de este primer capítulo, «La partida», el mismo con que Azorín comienza su narración, es un homenaje a él y a su célebre viaje por la Mancha de hace cien años.

Antes de dejar Madrid, el que escribe se dirige, sin embargo, a los lugares que en la ciudad conservan la memoria de Cervantes para encomendarse a él, si quiera sea con la imaginación. Falta le hará, como a los que en estos días remueven los huesos de las sepulturas de la cripta de las Trinitarias, el convento en el que el autor del *Quijote* reposa (el año que viene hará cuatrocientos años) intentando diferenciar los suyos de los de otros difuntos. Ardua tarea a la que se enfrentan empujados por intereses políticos más que culturales y que tiene al barrio de las Letras —el cantón madrileño así conocido por haber vivido en él los principales autores del Siglo de Oro español, desde Lope de Vega a Quevedo y desde Cervantes a Luis de Góngora (que llegó a ser inquilino de Quevedo antes de enemistarse a muerte con él), en una época en la que la capital, recién nombrada tal por el rey Felipe II, terminaba aquí— entre la curiosidad y la indiferencia de los vecinos y la incomodidad de las mon-

jas, que han visto su retiro monacal interrumpido. Como dice María José, la actual demandadera del convento, oficio que heredó de su marido al quedarse viuda, para ellas todo esto está siendo «un alboroto». Son sólo trece las monjas —la mitad de ellas peruanas— que habitan este casón de ladrillo viejo encastado en el corazón del Madrid antiguo, ajenas al ajetreo que las rodea y al trabajo de los arqueólogos que buscan bajo su iglesia al padre de don Quijote.

—Eran más, pero entre las que se han ido a reforzar otros conventos que se habían quedado sin monjas y las que se llevó el anterior capellán al cielo al morir, se han quedado casi en cuadro —dice la demandadera mientras barre el fresco zaguán de entrada al convento.

—¿Cómo que se las llevó al cielo?

—Es una forma de hablar... El hombre había estado treinta y tres años de capellán y, a raíz de morir-se él, se murieron también nueve monjas prácticamente seguidas. Casi acaba con la comunidad.

En la calle de Cervantes, esquina a la del León, a pocos pasos de allí, la casa de la que Cervantes salió para no volver y en la que se supone escribiría la segunda parte de la novela, recuerda con varias placas a su inquilino (la mejor es una que aconseja: «Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día») y lo mismo hace otra también muy próxima, en el edificio que ocupa el solar en el que estuviera la legendaria imprenta de Juan de la Cuesta, en la que se imprimió un día del año 1605 la primera

parte de una novela cuya memoria nos sobrevivirá a todos. Desde el sótano que alberga la réplica de la original imprenta, mientras miro en las paredes ilustraciones de escenas y personajes correspondientes a diferentes ediciones de los miles que del *Quijote* se han hecho en el mundo, echo a volar con la imaginación hacia el territorio en el que suceden antes de subirme al coche para poner rumbo a él cruzando Madrid.